

María Jesús era su nombre, y el mío también. Se podría decir que es un nombre familiar, su abuela fue la primera en llevarlo y la mía la segunda. Nunca llegaron a conocerse, a pesar de haber coincidido temporalmente en esta vida, ninguna tuvo el valor de cruzar el Atlántico para encontrarse con la otra y así conocer, a quién de forma tan familiar, llevaba el mismo nombre.

Mi abuela partió el 3 de mayo de este año y sus últimos suspiros seniles los dio en el mismo lugar que, 29 años y 7 meses antes, me vio nacer, el centenario Hospital Salvador.

Casi compartíamos cumpleaños, ella el 19 y yo el 20 de octubre, y aunque mi mamá siempre cuenta que mi cesaría estaba programada para el lunes 19, el medico decidió atrasarla un día, debido al gran número de partos de emergencia que habían llegado de improviso para el día programado. Siempre me he preguntado ¿Nos habríamos parecido más, si hubiésemos compartido también el cumpleaños?, probablemente no.

Seguramente los más esotéricos me sugerirían buscar algún planeta donde compartiríamos casa, pero creo que sería tener demasiada fe en algo que da respuestas demasiado vagas para todas las coincidencias de fechas que existen en este mundo. Sólo sé que nunca llegué a conocerla tanto como para determinar con tanta seguridad nuestras similitudes o conjunciones astrológicas, se podría decir que teníamos un océano de separación y de diferencias, partiendo por la distancia entre nuestras épocas, 60 años es una vida y una gran distancia donde podría enumerar por orden cronológico todos nuestros desencuentros, desde los religiosos, hasta los de vestimenta, incluso las experiencias de cada una, a los 18 años mi abuela se estaba casando con mi abuelo y ya a los 25, estaba separada de él, con cuatro hijas a cuestas, mientras que yo a mis 18 recién estaba decidiendo entrar a la universidad a estudiar arquitectura y a los 25 aún estaba atascada en esa carrera eterna.

De lo que si tengo certezas y no dudas, es que el hecho que llevemos el mismo nombre jamás ha sido una coincidencia, y no sólo por la historia familiar, sino porque fue una elección de mi madre. El nombre de una persona es una elección, un acto deliberado y por lo mismo jamás podría denominarlo como algo fortuito. Mi madre lo eligió para mí, no sabría decir por qué, supongo que lo temas pendientes con su madre la llevaron a ponerle a su única hija, ósea a mí, el mismo nombre de su madre. Me gusta creer que lo hizo como un gesto reconciliatorio con su maternidad y con sus propios dolores relacionados con su madre, o sea, con mi abuela. Elijo creer que es así. Cualquier psicoanalista freudiano se festinaría con el tema, pero después recuerdo lo misógino que era Freud y sus teorías, y meto todo ese hilo de pensamientos en un cajón olvidado, ya que no me interesa analizar algo tan complejo bajo una perspectiva tan sesgada.

María Jesús, sin dudas es un nombre con una potente carga judeo-cristiana, y quizás a mi abuela le quedaba bien, era un mujer devota, que se golpeaba en el pecho todos los domingos sin falta. Incluso durante la pandemia no se perdía de su ritual de liberación y purga, sintonizando cada domingo por la mañana la misa que pasaban por la televisión abierta. Yo por mi parte me considero una incrédula, no hice ni la primera comunión, jamás he probado el cuerpo de cristo y mis oídos están cerrados para las predicas que puede compartir un cura. Tampoco puedo negar que crecí en una raigambre católica, “por el amor de Dios” y “Si Dios quiere” son frases que están en la punta de la lengua de todas las señoras que forman parte de mi familia, y a estas alturas de sus vidas son soltadas al aire con la ligereza de quien las ha repetido hasta el cansancio.

Quiero dejar claro que cuando hablo de mi familia, hablo de la familia de mi madre, porque del lado de mi padre sólo conservo el apellido, aunque desde este año ha sido relegado a segundo plano. Siempre había querido hacerlo y este año decidí hacer ese pequeño gesto para reivindicar mi matrilinealidad, esa de la que siempre me reí a carcajadas. Y como no iba a hacerlo, si las mujeres que me criaron se creían más españolas que la misma tortilla de papas y siempre tenían el canal español sintonizado en la tele.

Y aun que fui criada en esa casa de locas que se creían Rocío Durcal, es esa nebulosa de mi padre la que creo latinoamericana y pone una barrera entre la tortilla de papas y yo. Es esa historia borrada, olvidada, y no contada, la que por años me ha mantenido en los márgenes de la incomodidad familiar. Porque sé que es una historia a la que le faltan piezas y que reconstruirla sería doloroso. Es una línea donde no podría determinar si el peonaje, lo mestizo o lo indígena es parte de mi origen, porque la verdad es que carezco de ese conocimiento y valentía para hurgar en él.

Vivo con ese contraste, donde las realidades e historias parecen estar en puntos equidistantes del espectro, por un lado saber mucho, quizás demasiado y por el otro no saber nada. Y es doloroso, sí, lo es, porque esa herida, significó olvido e invisibilización. Ya que por un lado esa historia me alimentó con de tortillas de papas, paella, pimentón del piquillo y torrijas para semana santa, por el otro lado dejó que me muriera de hambre, y que no tuviese ni una migaja que llevarme a la boca, dejando que creciera en los márgenes y completamente famélica.

Las coincidencias en la vida son pocas y las decisiones son infinitas. Las fechas y los nombres componen esas listas y transitan entre ambos lados. Me quedo pensando en las elecciones y en lo que compartimos en esta vida, que casi fue una fecha de cumpleaños, un hospital y el nombre María Jesús.